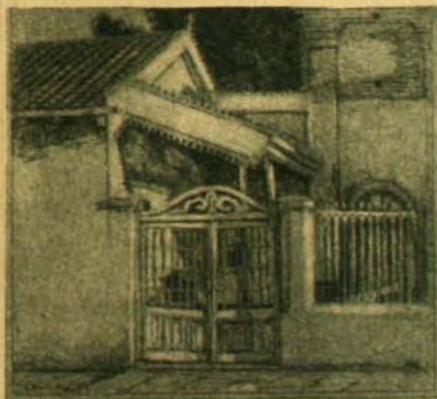


Rinconcito franciscano, uno de los admirables dibujos del señor Dorlhac.

Un místico del dibujo

DORLHIAC

Ignoro si el señor Dorlhac cree en Dios o no cree, o si cree hasta cierto punto, como algunos; y francamente, no me agradaría preguntárselo. Hay algo en él que lo pone a uno a distancia; bajo las grandes alas de su sombrero artista, sus ojos grises miran fijos, rectos, un poco duros y sus palabras tienen cierta precisión termi-



La sacristía.

nante, que no deja lugar a la réplica. Pero estoy seguro de que, ateo, católico o escéptico, Dorlhac es en el fondo uno de los pocos, tal vez el único de nuestros artistas verdadera y profundamente místicos, y para convencerme de esta verdad, me basta contemplar la colección de sus dibujos que tengo ante la vista. De diez,

cinco reproducen rincones de convento, pórticos de iglesias, capillas de campo abandonadas, torres lejanas y medio derruidas por el tiempo, perdidas entre los árboles. Y los demás, visiones de pueblos viejos o de montañas boscosas, tienen esa poesía vaga, ese no sé qué de leyenda pacífica, que confina con lo más puro del espíritu religioso y suele a menudo confundirsele.—A los artistas, en general,

no les gusta que les digan místicos, ni que les alaben "el ideal"; estos dos términos se han desacreditado por el abuso, como sucedió en literatura, después del Romanticismo; ellos quieren, ante todo, realizar la forma, coger fuertemente la materia y dar la impresión de la vida animal en la más vigorosa manera posible. Eso de misticismo les suena



Iglesia de campo.

do alguien ha querido atacarlo, ha exagerado esta nota de la perfección, para decir que es demasiado perfecto.

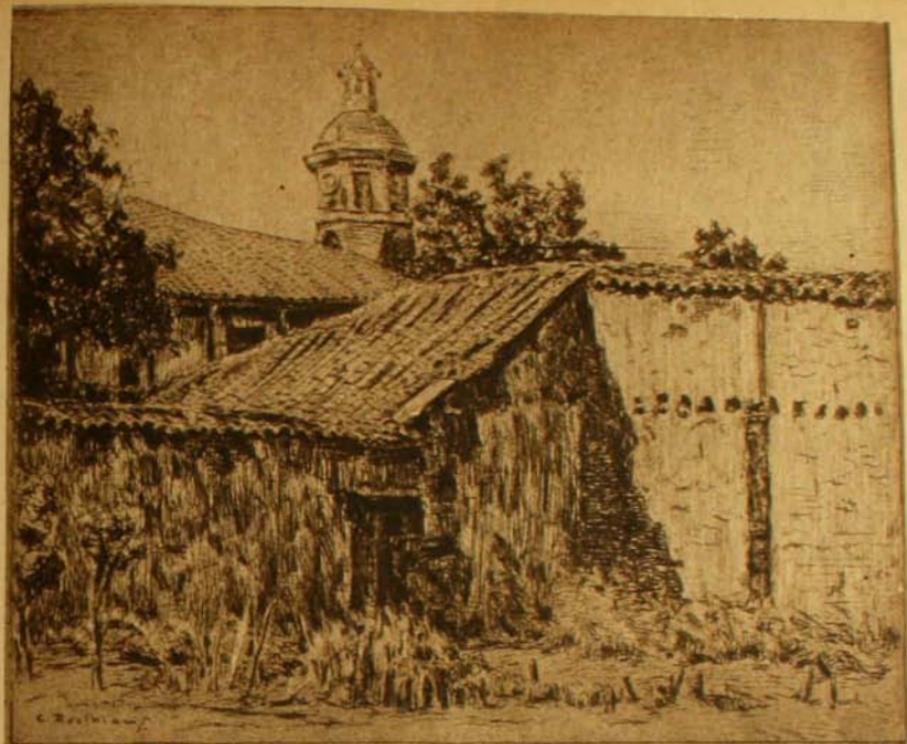
En realidad, hay algo desconcertante en la precisión casi matemática de líneas que este artista pone en sus composiciones, nunca va más allá ni más acá de la nota justa, y dentro de su género, que es el más difícil, resulta casi insuperable.

un poco a disimulo de la impotencia técnica o sentimental y deseo de subrir las deficiencias del arte con un velo de poesía dudosa.

Pero si con alguien puede emplearse sin temor este género de alabanzas, es, sin duda, con Dorlhac: unánimemente, admiradores y no admiradores concuerdan en reconocerle una ejecución insuperable, cuan-



Casitas de Chillán Viejo.



La torre.

Pero la mejor manera de admirar a un artista plástico no es analizarlo sino contemplarlo.

Hé aquí éste que él ha titulado "Rinconcito Franciscano": al pie de paredes viejas, algunas yerbas crecen en desorden, cubriendo una puertecilla baja y rodeando unos enantos arbustos raquíuticos. Es el primer plano. El segundo sube: las tejas de unas techumbres se escalonan, unas tejas antiguas, algo borrosas, de esas que hace amarillar el mugo; copas de árboles asoman por encima y se levantan, aunque sin alcanzar al punto más elevado de la composición, la torre de la iglesia, la torre colonial con su reloj y su cruz, centro armonioso y espiritual que ordena el todo y cuya paz alta desciende hacia la paz humilde de las techumbres, las paredes, la puertecita y las yerbas del suelo inculto.

En este otro domina el leit-motif de la vida vegetal: el ángulo del patio, en un viejo convento, ha permanecido muchos años recorrido solamente por las ánimas y los lagartos, y las malezas lo han inundado: alfombran el suelo, trepan los muros, se revuelven en ese armonioso y delicioso descuido de la naturaleza; arbustos y árboles se adelantan por todos lados hasta cubrir parte de la pared tejada y se diría que las ruinas mismas están pasando lentamente a otro estado, echaron raíces y pronto darán hojas y flores. Sólo queda, a la derecha, en alto, bajo el alero, como resto de habitación humana, una ventanita enrejada, que acaso dé a una capilla arcaica convertida en granero.

Acá volvemos a divisar una torre y una escalinata lateral de iglesia antigua; pero están lejos, se desvanecen casi en el aire, detrás de tres troncos vigorosos y de follajes



Capilla.

gráciles. Estos árboles tienen una vida extraordinaria, parecen señalar y defender al mismo tiempo la entrada de la capilla aldeana; no descubren sino la parte fuerte, el tallo sólido, arraigado en la tierra, pero se orientan unos tras otros en forma de camino y el espectador siente un invencible deseo de ir por ahí, de acercarse a esa iglesia, cuya puerta no muestra sino la invitadora escalinata de piedra.

Como se ve, la perfección técnica no ha servido a Dorlhac para halagar solamente los sentidos ni para hacer alarde de destreza. Por lo demás, su prescindencia del color y su adopción de ese medio infinitamente sutil y delicado que es la pluma, revelan ya en su temperamento una tendencia mística. Ha querido asentar el pie en la realidad concreta, dominarla en absoluto, para levantarse más alto y darnos emociones que tocan en la música y en la poesía. Yo diría que sus finísimas rayitas entrecruzadas, por donde el aire pasa, significan la poesía de la inteligencia, el poema de esa porción más elevada del hombre con la cual lanza su red hacia el mundo invisible.

Curioso problema para un investigador aficionado a rastrear orígenes y descubrir atomismos, la formación de este artista; de familia francesa, tiene sin duda por ella el equi-

librio, la claridad, la precisión tranquila y el dominio perfecto de su talento; español, sería más exaltado y sensual; germánico, perderíase en nieblas complicadas y confusas. Un artista de su clase necesita venir de aquel país que constituye como el armonioso término medio entre el clima del sol y de la sangre y el ambiente vaporoso y metafísico. Sus antepasados deben seguramente haber vivido en el Norte y tener acaso algunas gotas de sangre bretona, de esa raza que ha dado al mundo su más excelso artista místico moderno. Su hogar que sabemos rígido, encuadrado en perfecto buen sentido, en pura tradición de honradez, le habrá dado esa conciencia y ese como espendor del sentido común que constituyen el buen criterio y la armonía material, base del arte y de la existencia ordinaria. Por último, la vecindad permanente de aquel pueblo añejo y medio ruinoso que es Chillán Viejo, habrá habituado sus ojos desde la niñez a seguir la marcha del tiempo en la pared que cae, la invasión de los arbustos en las arboledas abandonadas; le habrá hecho sentir el encanto de esas ventanitas perdidas, con sus hierros comidos de moho y de las puertas inmemorialmente cerradas, toda esa desaparición del rastro humano bajo la vida libre e invencible de la naturaleza.

OLIVER BRAND.

